

IDA Y VUELTA

Leopoldo Tablante

Autant pas se faire d'illusions, les gens n'ont rien à se dire, ils ne se parlent que de leurs petites peines à eux chacun, c'est entendu. Chacun pour soi, la terre pour tous. Ils essayent de s'en débarrasser de leur peine, sur l'autre, au moment de l'amour, mais alors ça ne marche pas et ils ont beau faire, ils la gardent tout entière leur peine, et ils recommencent, ils essayent encore une fois de la placer. « Vous êtes jolie, Mademoiselle », qu'ils disent. Et la vie les reprend, jusqu'à la prochaine où on essayera encore le même petit truc. « Vous êtes bien jolie, Mademoiselle !... ».

Louis Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit*

Los dos tenían lo que más admiraba cada uno por su lado: «La Belleza». La Belleza, así con su artículo antepuesto y una «B» mayúscula. Cada vez que la ciudad los reunía, se quedaban paralizados frente a sí mismos, de timidez y de emoción. Por supuesto, fingían todo lo que sentían. Uno estaba de acuerdo con el otro, por eso era imposible que sus deseos no se cumplieran. Todo el mundo los veía bellos y todo el mundo los veía juntos. Estaba cantado.

Los dos coincidían en que se habían visto en otra parte y en otra historia. Susana había visto a Matías en la capilla del palacio Medici Riccardi. Había sido hacía algunos meses. Matías inmortalizado en un fresco florentino. Matías, en cambio, había visto a Susana revisando las diapositivas de arte que atesoraba su padre arquitecto. Era asombroso que se encontraran en la misma época, que su admiración recíproca tuviera visos de eternidad.

Sólo les quedaba dejarse llevar por la corriente de Caracas, que corre en una sola dirección.

A Susana y a Matías les gustaba caminar por donde la mayoría de la gente camina, pero siempre se declaraban culpables de pasar justamente por allí. Cuando un amigo les preguntaba en qué habían gastado la tarde de un día, y ellos declaraban haber pasado por uno de esos lugares que casi nadie ignora, confesaban su itinerario con la vergüenza de un descuido. Fingían olvidar que habían estado buscando lo que no se les había perdido.

Cuando no tenían la suerte de encontrarse, cada uno podía considerar la posibilidad de sustituir o, por lo menos, de gastar el dinero del que disponían comprando algo que les cambiara las ideas. A Susana le llovían las proposiciones de conversaciones corteses y a Matías las insinuaciones para suscitarlas por su lado. Muchas veces, dejaban de contar a sus amigos íntimos lo que les sucedía en la calle. No les parecía correcto que el otro tuviera que enterarse. Evitaban entrar en explicaciones porque no querían decepcionarse.

El tiempo siguió pasando sin que Susana y Matías salieran de dudas. Ni el tiempo ni las personas con las que se pierden convergieron para hacer posible un encuentro. Los amigos más cercanos de

cada uno opinaban que la envidia de los demás estaba separando a la pareja de la ciudad. Susana contaba en su haber miles de pretendientes ficticios; Matías se acostaba con veinte mujeres por semana. Ninguno creía en una sola palabra de aquellas intrigas.

Susana abandonó su ciudad en busca del barniz cultural que otra ciudad le podía brindar. Permaneció tres años en Florencia, donde le alcanzó el tiempo para pensar en Matías con distancia (al mismo tiempo que vertió cuanto quería en la capilla del palacio Medici Riccardi). Conoció gente, se acostó con innumerables italianos, musculosos y exhibicionistas, y se deshizo, paulatinamente, de ellos por su proverbial falta de modestia. La decepción de sus muchas aventuras (y del poco tacto con que aquellas aventuras se realizaban) la terminó tomando un tanto clínica con respecto a los hombres. Adquirió la costumbre de ver el cortometraje *¿Por qué algunos hombres no logran hacer llegar al orgasmo a sus mujeres?* para retirarse de su frustración. Le encantaba escuchar el italiano de Woody Allen. Era tan ridículo...

Un día, por fin, a Susana le llegó la oportunidad de descansar de sus sementales italianos. Sus experiencias la habían hecho estudiar la posibilidad de hacer lo que jamás antes le había pasado por la cabeza: el amor con una mujer. Quién sabe por qué nunca se había atrevido. Ni siquiera en los años en que estaba en el liceo se atrevió a besarse con una compañera. Tan lejos, tan sola y tan libre, Susana lamentó su suerte. Algo le estaba faltando.

Allix quería convencerse de que le gustaban los hombres más que las mujeres, pero más podía su fascinación por la estatua de la Primavera del puente de la Santa Trinità que sus esfuerzos desesperados por admirar el David de Miguel Ángel. Avanzaba obstinada en su mentira, pero, cuando alguien le daba a entender que estaba forzando su propia naturaleza, el corazón comenzaba a latirle muy fuerte. En principio, se trataba de un impulso de rabia contra la voz que la cuestionaba, pero, al fin y al cabo, sus artimias no eran otra cosa que la señal de alarma de sus propias contradicciones. Cuando estaba con un hombre, al principio se hacía ilusiones por la ansiedad que le causaban sus presiones sanguíneas, pero siempre, invariablemente, terminaba recordándose que aquella presiones sanguíneas son tan cobardes como un globo frente a un alfiler.

Se sentía decepcionada de la condición masculina, que, a su juicio, era de verdad una condición un estado fatal regido por innumerables imitaciones. Desde que su primer novio la abandonó por otra, Allix debió enfrentarse liberada a sus propios gustos. Gustos no asumidos por la idea de que los hombres debían ser como ellas se los imaginaba, es decir, como otro tacto y como otra cosa. En el fondo, Allix veía en los hombres una serie de productos con defectos de fábrica.

Se encontró una, dos, tres veces con el mismo defecto de fábrica de hombres diferentes y, por fin, empezó a asumirlo. Empezó a asumirlo culpando a aquel primer novio que la había abandonado: que la condición masculina le pareciera un enredo de imitaciones, solapadas por la presión sanguínea, era culpa de él y de nadie más.

Era un detalle inocuo el que le había hecho retrasarse a Allix la verdad verdadera. No comprendía por qué las lesbianas se empeñaban en salir a la calle con apariencia de pertenecer a la juventud